

# Amor, matrimonio, divorcio

Por P. MARCIANO GARCÍA

**D**urante una charla con un grupo de jóvenes, solteros y solteras; la conversación fue cayendo sobre el tema de la perspectiva de éxito de sus posibles matrimonios. Una pregunta se concretó del siguiente modo.

- ¿De qué depende que el matrimonio resulte exitoso?

Las opiniones fueron varias. Una, la más obvia, decía que depende del amor que la pareja se tenga. Pero se comenta que, en todo el mundo hoy, las parejas se casan por amor, no por otras razones, pero no basta para que el matrimonio sea un éxito, como lo prueba la cantidad de divorcios.

Otra solución propuesta fue la del respeto, la cual pareció tener eco en los corazones de los jóvenes. Ellos sienten que no podrían continuar viviendo con una persona que les faltara al respeto. Yo hice la observación de que muchas parejas compuestas por personas respetuosas se divorciaban también, pero que no dejaba de comprender que el respeto mutuo era un fuerte componente. Alguien, quizá más ingenuo, preguntó qué era el respeto. Casi todos sentían lo que era el respeto, pero nadie encontró una definición general de respeto. - Respeto es que te traten bien, que te tengan consideración, que sean deferentes contigo, que no te ofendan, que no te griten, que no te maltraten ni física ni psíquicamente.



Así se fueron enumerando diversos actos tanto de respeto como de falta del mismo. Sobre todo parecía evidente que lo insuperable era el maltrato, ya fuera corporal, ya moral. Nadie estaba dispuesto a soportarle a su futura pareja que lo maltratará.

Mi pregunta entonces fue:

- ¿Cómo es posible que una persona maltrate a quien ama?

- Es verdad, nadie puede maltratar a quien ama, comentaron. Pero de hecho, las parejas se casan con mucho amor y se separan después de haberse maltratado cruelmente. ¿Cómo pudo ser?

Yo recordaba al viejo Sócrates y deseaba seguir rastreando la verdad esclarecedora de la absurda contradicción que existe en el hecho de que personas que se aman, no mucho tiempo después, se traten tan mal que ya no puedan convivir. Queda sin resolver la cuestión de por qué las parejas que se aman hoy se agreden sin piedad mañana.

Ante la situación cerrada, alguien aportó un elemento comúnmente aducido:

- Es cuestión de suerte, como la lotería. Te puede salir bien, te puede salir mal.

En los últimos tiempos parece que la suerte es más adversa, casi siempre sale mal. Observé que la explicación era irracional, dejaba sin explicar lo que se quería explicar: ¿por qué parejas que se casan con mucho amor, dejan luego de quererse y se separan heridas, ofendidas, disgustadas? Dije que

suerte podría alegar aquella gallega, natural de Orense, Galicia, que allá por el año 1921 vino a Cuba a casarse con un joven de su pueblo, completamente desconocido para ella. Llegó a La Habana, el joven no apareció, y ella comenzó a dar tumbos por la ciudad, hasta un buen día, en que conoció a un galleguito también solitario. Pocos días después se casaron y, cuando me contaba esta historia llevaban ya 52 años de casados, todos muy felices. Eso es suerte, ¿o es otra cosa? La suerte no explica nada. No es cuestión de suerte. Entonces, ¿de qué?

En el ejemplo citado hay un elemento importante que tiene parte de la clave del enigma. Aquella mujer, con sus 18 años, estaba absolutamente sola, perdida, no tenía a nadie. Cuando encontró al joven compatriota, que también estaba perdido y tampoco tenía a nadie, se dieron el uno al otro como si fueran las únicas personas existentes en el mundo. El sentimiento de gratitud en ella era inmenso, aquel hombre le dio absolutamente todo. Él encontraba en ella más de lo que se podía esperar. Y esta gratitud fue creciendo, en ambos, los unió más cada hora, el amor se hizo real, creció, fue invencible.

¿Cuál era el nivel cultural de estas personas? Bajo, en cuanto a formación académica, falto de refinamiento, pero eran personas sobradas de sentimientos. Lo que ellos vivieron se puede describir de la siguiente manera. Una joven sin familia, sin conocidos, ya vejada, (la historia no deseo contarla), encuentra a alguien que la acoge, le da protección, la ama y la convierte en madre de lindos hijos. Si le preguntas qué es este hombre para ella, lo que te diga se reduce a esto: lo absoluto, lo total, la dicha, la bendición. Alguien a quien adorar, después de Dios. Recíprocamente, para este hombre no había sobre la tierra nadie más que ella, como un absoluto, como la estrella de su vida feliz, el mayor regalo de la vida.

Un elemento esencial del matrimonio feliz, exitoso, es la percepción del otro como un valor absoluto, por encima del cual no existe nada excepto Dios. Una muchacha inteligente preguntó:

- ¿Entonces, hay que esperar a encontrarse en esas circunstancias para asegurar que el amor sea feliz?

- Evidentemente, no.

El ejemplo revela, con claridad, la existencia de un elemento esencial, que no está en la circunstancia misma, sino en la sustancia de la relación y es el carácter de absoluto que se le da a la persona. Ahora bien, cada una por sí misma posee ese valor absoluto. Cuando se tiene el concepto de que cada persona es un valor absoluto, digna de todo el aprecio, merecedora de todo respeto, la actitud frente a ella será respetuosa naturalmente y jamás podrá ser ofensiva.

Entre los jóvenes se produjo una exclamación de decepción.

- ¡Estamos perdidos! ¡Nadie nos ha tenido tal aprecio, ni los padres, ni los maestros, ni los compañeros, ni los dependientes de las tiendas, ni siquiera de las *shoppings*, ni en parte ninguna!

- Verdad, dijo otro, que uno nunca se siente tratado con mayor consideración. Uno es siempre un cualquiera.

Si no se tiene el hábito, la costumbre, de tratar y ser tratado con tal respeto y aprecio, no es luego posible ser exquisitamente amable con una determinada persona, por mucho que uno la quiera. Quise saber si ellos tenían alguna idea acerca del espacio espiritual en que se encuentra este hábito de considerar al otro como un valor absoluto, frente al cual sólo es posible la veneración, el respeto, la delicadeza. Mencionaron algunas cosas:

- La religión, la filosofía, el carácter, el grado de educación.

Es evidente que todo ello importa, pero definitivamente es un hábito social que forma parte de la educación formal. Si entendemos por educación la adquisición de hábitos valiosos de conducta, este

*Quienes logren  
volver sobre sí  
mismos y  
redefinir sus  
hábitos de  
relación con los  
demás y elijan  
expresar amor  
porque es lo que  
somos, si logran  
que su elección  
sea efectiva,  
podrán realizar  
su ser personal  
en todas las  
situaciones y  
sentirse cómodos  
con ellos mismos  
y con los demás*

de considerar al otro como un valor supremo, ocupa el primer lugar tanto del pensamiento como del sentimiento. Pensar y sentir que cada persona es un valor absoluto, de modo que nada vale más que ella, ni puede ser preferido a ella, es el fundamento de las demás cualidades sociales que una persona puede desarrollar. Cuando se aprenden formas de expresar estos sentimientos y se hace de modo habitual y espontáneo, se puede tener la certeza de que no se dará el caso de malos tratos, ni faltas de respeto.

Cuando una pareja se relaciona así, cuando tienen bien desarrollados estos hábitos, su relación de amor, de respeto, de admiración, de gozo del uno por el otro, crece de modo natural y cada día son más felices, y sentirán la alegría de haberse encontrado como lo mejor que les ha sucedido. Pero, tristemente, acontece por todo el mundo, que las personas no son estimadas por sí mismas, sino por cualidades ajenas a su ser, por accidentalidades irrelevantes, como puede ser la posición social, la belleza física, la simpatía cosmética, la capacidad sensitiva de atracción sexual... Por ejemplo: una joven señora, casada con un empleado, pasa a ser secretaria de un jefe, algo mayor en edad, pero con mejor posición social; ella valora ahora no la persona, sino la posición social del jefe. Obviamente, estará siendo lógica si lo conquista. A su vez, el jefe, al comparar la belleza de su secretaria con la de su esposa, llega a la misma conclusión, y se enamoran; luego, en el mejor de los casos, se casan, después de divorciarse de sus anteriores parejas.

Se enamoró ella de la mejor posición de él, lo cual no tiene mucho que ver con la persona; a su vez, él se enamoró de la juventud de ella, que poco tiene que ver con la persona de ella. Por tanto, no son dos personas que se quieren, son dos interesados en objetos distintos de la persona misma, son dos vampiros dispuestos a chupar la sangre uno del otro, pero no amantes, no enamorados de las personas que son.



*Encuentro de matrimonios jóvenes (Foto cortesía de MFC-Habana)*

Pero esta consideración no cuenta, porque las personas, por descontado, tampoco figuran en esta forma de civilización desarrollada por el mismo hombre que, al buscar lo mejor, ha venido a dar en lo peor: en tener en menos lo único que es más, la persona humana misma. Se pasa por una etapa que se llama con razón antihumanismo. Se escapa de sus garras con sólo pensar que el valor supremo, lo más valioso que existe sobre esta tierra, es la persona humana en sí misma, en su absoluta individualidad. Cuando una pareja se vea a sí misma de esta forma, su amor sólo puede crecer, porque su raíz está hundida en la fertilidad misma. Ya nada podrá marchitar la alegría de amarse para siempre.

El substrato ideológico de esta afirmación es que la persona humana es esencialmente amor, apertura, espacio de vida, luz y verdad. Todo lo que nace de ella es amor, libertad, luz y verdad. De forma que todos hemos nacido para dar y recibir amor y es lo que nos expresa y realiza. Pero la condición humana exige que toda conducta sea debidamente aprendida, ya que nacemos sin saber y necesitamos aprenderlo todo. Se entiende que las culturas desarrolladas por los seres humanos contienen las formas habituales de expresión de los sentimientos y pensamientos de los individuos y así las personas adultas poseen los hábitos de expresión de sus pensamientos y sentimientos comunes al grupo con lo que se hace posible y efectiva la comunicación.

Lo que sucede es que esta cultura, desmedida en sus medios de comunicación masiva, ha introducido multitud de formas de reacción y de modos contradictorios de expresión tan confusos y caóticos que los individuos van adquiriendo múltiples formatos de respuesta a las situaciones comunes. Quien esté al tanto de lo que se ve, sólo en la televisión, se da cuenta que, ante una

situación concreta, unos reaccionan con paz y amor, otros con ira y dureza, otros con abierta violencia.

Estos patrones se *introyectan* y después, cuando el individuo debe reaccionar ante una situación dada, los tipos de reacción chocan y se bloquean, finalmente lo que se expresa al exterior es lo más negativo e impersonal que logró abrirse paso desde el fondo de donde brotó el sentimiento originario hasta su manifestación externa. Esta vivencia es frustrante y deja una amargura intensa en quien la vive, y todo esto, según se razona luego, es motivado por la otra persona que estaba en la circunstancia, y a ella se culpa con total injusticia.

Quienes logren volver sobre sí mismos y redefinir sus hábitos de relación con los demás y elijan expresar amor porque es lo que somos, si logran que su elección sea efectiva, podrán realizar su ser personal en todas las situaciones y sentirse cómodos con ellos mismos y con los demás. Quizás ellos y ellas, si se encuentran, puedan formar parejas cuyo amor se acrecienta cada vez más y su estabilidad se vuelva más firme a medida que pase el tiempo, porque el amor es eterno.